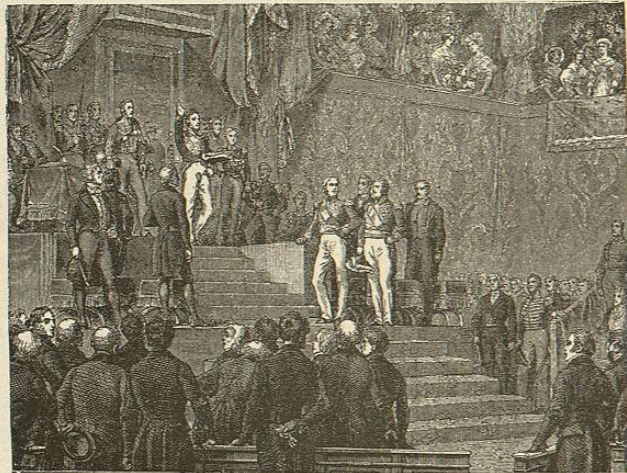


rándole que el caso no exigía reflexión sino resolución. «Lo que hay que temer,—decíale,—no es la dinastía que huye sino la república» que, tal vez, en aquellos momentos se proclamaba ya en el Hotel de Ville, y como terminaba diciendo: «basta que os presentéis, para que todos los sufragios se concentren en vuestro nombre, es á vos á quien toca verificar esta concentración.» Delessert apoyó lo dicho por Berard, y ya con esto Luis Felipe demostró que si no estaba convencido estaba á punto de estarlo, y pidió media hora para resolverse, retirándose á su gabinete con Dupin y Sebastiani, saliendo de este pretendido consejo, la proclama que hacia

ya horas había dictado á Dupin. La proclama era una aceptación pura y simple del mandato que le confiaban los diputados, acabando por asegurar al país, «que en adelante la Carta sería una verdad.»

Llevóse la proclama á la Cámara de los diputados en donde ya llegaban ahora á noventa los que se reunían, siendo recibida con los mayores transportes de entusiasmo. Pero como la proclama del duque no decía más sino «que la Carta sería en adelante una verdad,» la Cámara á instancias de Berard, puso, como se dice vulgarmente, los puntos sobre las íes, diciendo á qué condiciones, ó bajo qué programa se confería el poder al duque de Orleans: las ga-



Proclamación de Luis Felipe I

rantías que la Cámara le pedía eran, «el restablecimiento de la Guardia nacional; la intervención de los ciudadanos en la formación de las administraciones municipales y departamentales; el jurado por delitos de imprenta; la responsabilidad de los ministros, etc.»

Estaban firmando los diputados esta declaración cuando se les vino á anunciar que Luis Felipe iba á presentarse en las Casas Consistoriales, para contrarrestar á los republicanos.

Cierto, esto era un arranque de un hombre de corazón, por lo mismo que sus enemigos tenían aún las armas en la mano y podían hacerle pagar caro su audacia. Sin embargo, no se hizo esto á tontas y á locas, como se hacen las cosas que merecen el nombre de arranques, porque ya desde la víspera Lafayette había declarado al duque de Chartres, que él no se opondría siempre y cuando su padre quisiera recibir la corona de manos de la nación, y lo mismo había dicho á Laffitte, y que, finalmente, había repetido á Gerard cuando éste fué á saber su

modo de pensar sobre la conveniencia de que Luis Felipe se presentase en las Casas Consistoriales, poco antes de dar este tal paso, pero aun así, es lo cierto que Luis Felipe se iba á entregar poco menos que indefenso á sus enemigos que hablaban y obraban descaradamente en favor de la república, oponiendo proclama á proclama, viva á viva, etc.

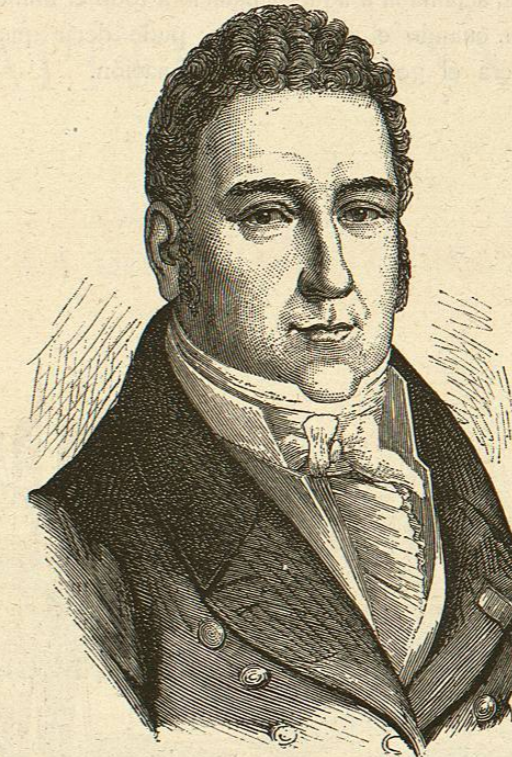
Pero hasta aquí nadie había declarado destronados á los borbones, y Luis Felipe para marchar por el camino del trono, necesitaba que le quitasen este estorbo. Fué Barthe quien arrancó á la Comisión municipal, la proclama en que se decía: «que Carlos X había cesado de reinar en Francia;» proclama, nótese bien, que el conde Lobau firmó declarando, que ya sabía que había de costarle la vida, y que Casimiro Perier, luégo que la hubo firmado, procuró por todos los medios posibles que su firma no se publicara en *El Monitor*.

A esta proclama siguió una guerra de proclamas en las esquinas, entre los partidarios de los Orleans con Thiers al frente y los republicanos; lo que no

podían pasar éstos, es que todavía se les hablase de la Carta de Luis XVIII ó de los borbones. Por consiguiente, no puede negarse, lo repetimos, que Luis Felipe no se hubiese decidido á arrostrar conscientemente un gran peligro. Así lo creyeron los diputados, quienes para prevenir una catástrofe, acordaron rogar al duque que les esperase porque le acompañarían en corporación.

Berard fué quien llevó este mensaje al duque que le recibió y trató como al confidente de sus más in-

timos sentimientos, asegurándole que ni él ni su familia habían nacido para el trono, que lo aceptarían como un deber, pero no como una cosa por ellos ni querida ni apetecida. Cuando Berard le dijo que el mensaje contendría algunas garantías, Luis Felipe le replicó: «que nunca le pedirían tantas como él estaba dispuesto á dar,» y como Berard le dijera igualmente que la dirección de los espíritus tendía á la república, y que probablemente dentro de algún tiempo no habría ya reyes, Luis Felipe le con-



LAFFITTE

testó: «que era posible lo que le decía, y que por lo pronto, lo que debía hacerse era procurar que hubiese buenos reyes hasta entonces.»

Llegaron los diputados al Palais-Royal, el duque aceptó cuanto se le pedía, asegurando que siempre había opinado como los diputados. Organizóse el cortejo que nada tenía de real, pues se componía de unos tambores batiendo marcha, siguiendo luégo el duque de Orleans á caballo vestido de general con la banda tricolor, acompañado de sus ayudantes y de algunos oficiales de la Guardia nacional también á caballo, venía luégo Laffitte llevado en una silla de manos por haberse dislocado un pié al saltar una barricada, y detrás venían los diputados dándose el brazo de dos en dos.

Si al salir del palacio del duque fué esta comitiva y su presidente saludado con aplausos y vítores, á

medida que se fué acercando al Hotel de Ville, la actitud del duque se fué modificando al compás de lo que se modificaba la de la multitud, pues si en un principio todo eran saludos y apretones de manos á los barricaderos, ahora éstos ni saludaban ni tendían sus manos al duque, de modo que éste llegó al Hotel de Ville, en medio de un silencio imponente.

Luis Felipe, sin embargo, no perdía su serenidad, y al echar pié á tierra, pidió que se abriera paso al guardia nacional de 1789 para subir á visitar y saludar á su general; frase feliz que le valió la primera ovación de los que hasta aquel momento estaban allí como sus enemigos.

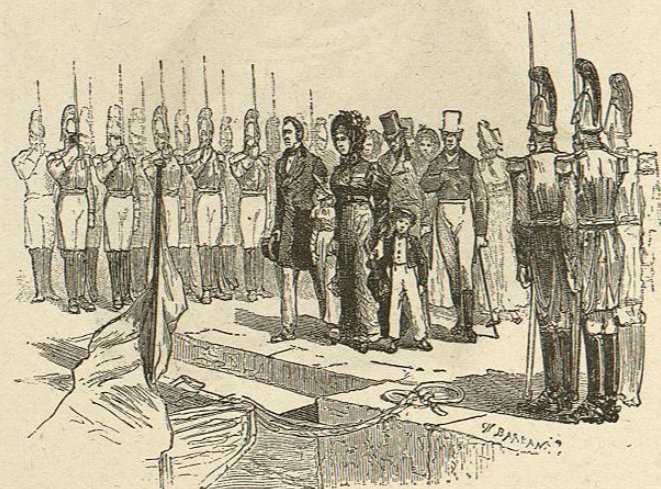
Lafayette salió á recibirle y le llevó á la sala de Enrique IV, en donde tuvo varios encuentros con los hombres del partido republicano que no le disi-

mulaban su disgusto, procurando él, lo mismo á Godofredo Cavaignac que al farsante Dubourg, vencerles, de que en él encontrarían las leyes un servidor fiel y la democracia un amigo. Arrancóle el general á esos coloquios que no dejaban de ser peligrosos, llevándole al balcón para que saludase al pueblo, haciéndole llevar de una mano una bandera tricolor. El pueblo, viendo como la monarquía se presentaba acompañada por la república, se dejó ofuscar, perdió sus prevenciones, y á cada abrazo que Luís Felipe daba á Lafayette, aclamaba á aquél con el más frenético entusiasmo, cuando el verdadero héroe de aquella jornada era el general que

sacrificaba generosamente sus ideales á las necesidades del momento histórico.

Cuando Luís Felipe regresó al Palais-Royal, regresó ya como un rey, no porque en él hubiese ocurrido cambio alguno, sino por haberse verificado en el pueblo, que ya no veía en aquel hombre al enemigo suyo, á quien habría podido momentos antes destruir con la mayor impunidad, sino al sér superior, al monarca, al amo.

Luís Felipe tuvo todo el día y la noche abierto su palacio á todo el mundo, y durante el último día de Julio, pudo decir que habían sido sus cortesanos toda la nación.



Fuga de Carlos X



CAPITULO XXXVII

LA DINASTÍA DE ORLEANS

Lafayette.—El programa del Hotel de Ville.—Los consejeros del duque.—La Corte en Rambouillet.—Abdicación del rey y del Delfín en favor del duque de Burdeos.—Salida de Rambouillet.—Fuga del rey.—Levantamiento unánime del país contra los borbones.—Apertura de las cámaras.—Discusión y proposición de Berard.—Los pares: Chateaubriand.—El 1688 francés.—Ojeada retrospectiva.

LUIS Felipe, al acercarse al trono, veía alzarse entre él y el dorado sillón, la legitimidad, el constitucionalismo y la democracia. Erale preciso, pues, de estos tres principios, destruir el primero, encarnarse en el segundo y alejar el tercero sin romper con él, porque ya en Francia el principio constitucional y el principio republicano habían de correr unas mismas aventuras, que no en vano se habían abrazado delante de la nación en los balcones de las Casas Consistoriales de París.

Favorecían las circunstancias de una manera tan extraordinaria el advenimiento de los orleanes al trono de Francia, que Luís Felipe pudo desde luego presentarse como el hombre providencial, ficción que, al parecer, necesita siempre la monarquía para ser viable en los tiempos modernos.

Huía ante él la legitimidad sin intentar siquiera resistirle, y la democracia, la república, se entregaba á él en los balcones del Hotel de Ville. Si con estas condiciones especiales y extraordinarias Luís Felipe no fundaba la monarquía constitucional en Francia, era preciso confesar que el país no la quería, que no le satisfacía, que quería otra cosa, ó bien que la

monarquía se había hecho ya incompatible con el espíritu del siglo XIX.

Importa, pues, estudiar en este momento solemne y crítico de la historia humana, las responsabilidades que crearon nuevas revoluciones, para que no podamos equivocarnos sobre la naturaleza de los acontecimientos futuros.

Los republicanos en 1830, no constituían un partido capaz de poder asumir el peso de la gobernación de Francia: su sola equivocación de creer que era su sectario Lafayette, demuestra su incapacidad para el poder. El general podía tal vez hacerse ilusiones sobre su republicanismo, pero éste no iba más allá del programa que en aquellos días se formuló por él ó por Odilon Barrot. Lafayette había visto caer la monarquía absoluta y la monarquía constitucional de Luís XVI, y podía con justa razón dudar de la fuerza de la monarquía y convencerse de que ésta, aliada y todo con el sistema representativo, tenía necesidad de contar con el espíritu democrático. Vió luego á la democracia por falta de ponderación caer en el cesarismo, y esto hubo de hacerle concebir dudas sobre la viabilidad de la república; por esto resultaba ser para los monárquicos como